

SERIE TIEMPO DE BUSCAR

¿Qué es una
relación
personal
con Dios?



CONTENIDO

¿Dice que oye a Dios?.....	2
¿De dónde sale esa idea?.....	3
¿Qué es una relación personal con Dios?	4
<i>Una relación espiritual</i>	5
<i>Una relación Cristocéntrica</i>	9
<i>Una relación de sumisión</i>	12
<i>Una relación que se percibe mutuamente</i>	16
<i>Una relación que crece</i>	21
<i>Una relación compartida</i>	25
Uno que estaba muy cerca... y a la vez muy lejos	29
Personalícela.....	30

¿QUÉ ES UNA RELACIÓN PERSONAL CON DIOS?

¿Qué significa que una persona afirme tener una relación personal con Dios?

¿Diría eso usted? ¿Hay alguien que en realidad escuche a Dios, hable con Dios o que disfrute de una situación tan favorable con Él como para hacer esa afirmación? ¿En qué momento afirmar ser amigo de Dios se convierte en nada más que la expresión máxima de uno que quiere impresionar a los demás mencionando a las personas que conoce?

Mi esperanza es que las páginas siguientes le ayuden a esclarecer este asunto. Ninguno de nosotros puede darse el lujo de no entender esta cuestión, la cual es tan básica como profunda.

Martin R. De Haan II

¿DICE QUE OYE A DIOS?

«¿QUÉ QUIERES DECIR CON ESO DE QUE NO HAY DIOS? HABLÉ CON ÉL ESTA MAÑANA».

Esta frase, que algunas personas colocan en los parachoques de los automóviles, ha provocado más de una sonrisa en las carreteras. Pero no hoy. En el automóvil de atrás, el conductor de un Cadillac último modelo echa maldiciones entre dientes cuando ve que no puede avanzar por culpa de un lento Toyota que tiene enfrente en medio de un pesado tránsito. Y se irrita aún más cuando, encima, tiene que tragarse el humo de un fanático religioso. No encuentra la frase ni graciosa, ni bonita; ni siquiera honesta. Para él es muy difícil escuchar a alguien hablar tan informalmente de:

- Tener un encuentro con Dios
- Conocer a Dios
- Escuchar a Dios
- Hablar con Dios
- Ser dirigido por Dios

¿Qué puede significar tener una relación personal con Dios?

No es que el conductor del Cadillac no crea en Dios. Igual que la mayoría de la gente, él no es ateo. Ha ido a la iglesia. Su esposa es muy religiosa. Y sin que ella lo sepa, hasta le ha pedido al cielo de vez en cuando un poco de consideración adicional cuando ha tenido que enfrentar un asunto de negocios problemático o incluso un tiro difícil en el campo de golf. Por supuesto que ora, pero no se atrevería a afirmar que tiene una relación personal con Dios. Y además, sospecha de los que dicen

tenerla. Sospecha que dichas personas se permiten la peor de todas las jactancias.

No obstante, en momentos de reflexión a veces se pregunta si existe algo que él no tenga. ¿Qué puede significar tener una relación personal con Dios?

¿DE DÓNDE SALE ESA IDEA?

La Biblia no hace referencia a una relación personal con Dios. No con esas palabras exactamente. Pero sí muestra la importancia de aprender a conocer, a amar y a confiar en un Dios muy personal. Aunque uno no encuentra las palabras relación personal en la Biblia, la idea es evidente en toda la Escritura. Cada una de sus páginas sugiere que lo que cuenta es a quien conoces, y que ese quien que necesitas conocer es Dios.

Jesús mismo oró a su Padre: «Y esta es la vida

eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3). Al comentar sobre este versículo, el teólogo J. I. Packer escribió: «¿Para qué fuimos hechos? Para conocer a Dios. ¿Qué meta debemos ponernos en la vida? Conocer a Dios. ¿Cuál es la 'vida eterna' que Jesús da? El conocimiento de Dios... ¿Qué es lo mejor de la vida, lo que da más gozo, deleite y contentamiento? El conocimiento de Dios» (*Knowing God, Downers Grove: InterVarsity Press, © 1973, p. 29*). [Hay traducción al español con el título *Conociendo a Dios*, de Editorial CLIE. N. del T.]

Muchos siglos antes, el profeta Jeremías citó al Señor cuando dijo: «No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme» (9:23,24).

¿QUÉ ES UNA RELACIÓN PERSONAL CON DIOS?

Una relación personal con Dios tiene muchas de las mismas características que distinguen una relación personal entre dos amigos. Estos factores incluyen cierto grado de:

- Reconocimiento mutuo: cada uno conoce al otro.
- Apertura mutua: cada uno puede acercarse al otro.
- Intereses mutuos: cada uno comparte con el otro.
- Respeto mutuo: cada uno honra al otro.

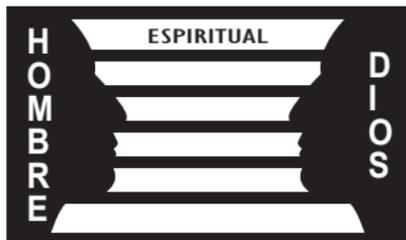
Una relación personal significa más que saber de o acerca de alguien. Podríamos decir que conocemos al presidente de la república. Pero si el presidente no puede reconocernos en una multitud,

si no tenemos acceso a él, o si nunca hemos compartido nuestros pensamientos, sentimientos ni decisiones, estamos hablando de una amistad que en realidad no existe.

Una relación con Dios es similar. Si nuestra amistad es verdadera, vamos a darle la bienvenida a Dios en nuestras vidas. Nuestras acciones mostrarán que creemos que Él es la clase de persona que deseamos en nuestros hogares, en nuestros planes, en nuestras alegrías y en nuestras penas.

***Una relación con
Dios es más, pero no
menos, que cualquier
otra relación.***

Teniendo en cuenta esas posibilidades, examinemos más de cerca las características de una relación personal con Dios.



UNA RELACIÓN ESPIRITUAL

Hay quienes afirman haber visto a Dios, haberlo escuchado audiblemente, y haber sentido que los tocaba físicamente. Esas experiencias son posibles. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento se caracterizan por ese tipo de encuentros milagrosos que cambiaron la vida de algunos (Isaías 6:1-8). Dios ha mostrado, a través de la Biblia, que es libre de revelarse a Sí mismo como Él quiera.

Sin embargo, esos encuentros sobrenaturales fueron la excepción y no la regla. Aunque profetas como Isaías, Moisés y Ezequiel tuvieron visiones de Dios que cambiaron sus vidas, no se pasaron el resto de su existencia enseñando a

otros a tener experiencias similares.

En cierta forma sería bueno creer que una relación con Dios significa ver el rayo de luz que aparece en la cubierta de este librito. Pero como regla general, la verdad es mucho menos dramática.

Conocer a Dios no significa que hemos de verle visiblemente.

No necesitamos esperar ver visiones ni tener sueños que transformen nuestra existencia. Podemos tener un encuentro con Dios con los ojos de nuestro entendimiento. Puesto que Dios es el Espíritu todopoderoso y omnipresente, se puede revelar a un nivel más profundo que el de nuestros sentidos físicos. El Dios que hizo el mundo es más que capaz de revelar la verdad acerca de Sí mismo a cualquiera que desee conocer la verdad para ponerla en práctica (Juan 7:17; Efesios 1:17,18). También puede ocultar la luz a aquellos

que están más interesados en evitar la verdad que en encontrarla.

Escuchar a Dios no significa que tengamos que oírle audiblemente.

Hay veces cuando podríamos desear que Dios rompiera el silencio y susurrara algo en nuestros oídos. En cualquier caso, no es necesario que haga eso. Si sólo escuchamos silencio, es el silencio impuesto por nosotros mismos.

Para los que quieren oír, a Dios se le puede oír constantemente a través de la sabiduría eterna de su Libro. Allí y a través de la naturaleza (Salmo 19:1-11), Él siempre nos está hablando.

Nuestro problema generalmente no es que Dios no hable, sino más bien que no queremos escuchar lo que Él ya ha dicho.

Por esa razón, tenemos que tomar muy en serio las palabras del autor del libro de Hebreos, quien escribió: «Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis

hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación...» (Hebreos 3:7, 8). Nuestra oportunidad de escucharle en cada página de la Biblia es un privilegio que conlleva a un alto grado de responsabilidad.

El Dios que hizo el mundo puede ser visto y oído fácilmente por aquellos que honestamente desean conocerle.

Estar cerca de Dios no tiene que ver con la ubicación. Es común pensar que hemos de asistir a la iglesia para encontrarnos con Dios. Eso tiene sentido. Nos encontramos con los amigos en lugares y a horas determinadas. No obstante, aunque Dios usa cultos y locales específicos, no está limitado a ellos. Promete

encontrarse con nosotros en lugares del corazón. Desea que hagamos de nuestros corazones Su hogar.

Santiago reconoció esto cuando dijo: «Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros» (Santiago 4:8). No dice nada de hacia dónde ir. No nos dice que vayamos a la montaña más alta de nuestra área, ni al santuario del templo más solitario. Más bien Santiago nos dice que nos humillemos ante el Señor (4:10). Nos da razones para creer que dondequiera que lo hagamos, allí estará el Señor con nosotros.

David, compositor de canciones, rey y hombre con un corazón «conforme a Dios», nos muestra por qué es así. Profundamente humillado por la constante e inevitable presencia de Dios (Salmo 139:1-6), oró:

*¿A dónde me iré de tu
Espíritu? ¿Y a dónde
huiré de tu presencia?
Si subiere a los cielos,
allí estás tu; y si en el*

*Seol hiciere mi estrado,
he aquí, allí tú estás.*

*Si dijere: Ciertamente las
tinieblas me encubrirán;
aun la noche resplandecerá
alrededor de mí. Aun
las tinieblas no encubren
de ti [...] Despierto, y
aún estoy contigo*

(Salmo 139:7,8,11,12,18).

La cercanía de Dios no es asunto de ubicación, sino de si tenemos lugar en nuestros corazones para Él.

Dios se encuentra a la corta distancia de un corazón humillado.

Conocer a Dios no es asunto de saberlo todo acerca de Él. Esta podría ser la declaración más modesta de todas. Sólo la persona más arrogante afirmarí a haber entendido completamente a Dios. Conocer a Dios no es ser un perito en Dios. En el mejor de

los casos, podemos exclamar junto con el apóstol Pablo:
¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?
(Romanos 11:33,34).

Dadas las limitaciones de esta vida, nuestras mentes apenas pueden comenzar a asir el significado de las palabras que describen a Dios, tales como: eterno, infinito, todopoderoso, omnisciente y omnipresente. No obstante, puesto que Él ha hecho que sea posible conocerlo, podemos empezar un proceso de descubrimiento que no tendrá fin.

Podemos conocer a Dios porque Él ha venido a nosotros, en nuestros términos, para invitarnos a Sí, en Sus términos. Según testigos oculares de los Evangelios del Nuevo Testamento, Dios se nos

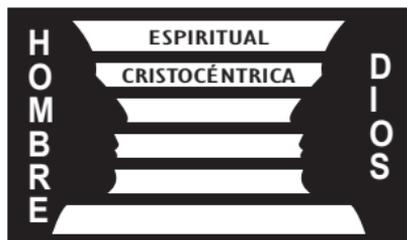
reveló en una persona que caminaba sobre el agua, controlaba los cielos, sanaba manos secas, restauraba la visión y curaba llagas sangrantes. Alimentó a miles con una pequeña cantidad de comida, echaba fuera demonios, resucitaba muertos, amaba profundamente y enseñaba con sabiduría.

***Los que tengan
un encuentro con
Dios ahora tendrán
toda la eternidad
para conocerle.***

Viviendo una vida sin pecado cumplió las predicciones del Antiguo Testamento, afirmó ser el Mesías prometido, y sacrificó su propia vida para obtener el perdón de pecados para todos los que confiasen en Él. Fue esta persona, conocida desde entonces como Jesús el Mesías, quien dijo: «El que

me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9).

Por tanto, según la Biblia, una relación personal con Dios no es sólo espiritual, sino que también es una relación Cristocéntrica.



UNA RELACIÓN CRISTOCÉNTRICA

Los mediadores desempeñan a menudo un papel importante en la resolución de disputas familiares, laborales y legales. Cuando las personas se irritan se pierde la perspectiva, se detiene la comunicación y se da paso a la testarudez. En esos casos, un árbitro puede muchas veces aportar una perspectiva fresca y un plan de resolución.

El mediador máximo es Cristo. En ningún otro caso se necesita más un intermediario que al tratar

de resolver el conflicto y la separación que existe entre el hombre y Dios. Nuestro pecado personal ha abierto un abismo tan profundo y ancho que es imposible que uno de nosotros pueda tener acceso a Dios por nuestra propia cuenta. Sin un mediador, nunca podremos superar la alienación del afecto y la interrupción de la comunicación que se ha producido entre nosotros.

Dios es, en cierta forma, como el padre (o la madre) que observa a su hijo fugitivo meterse en tantos problemas con la justicia como para perder toda esperanza. Por más que el padre quiera abrazar al hijo y llevarlo de nuevo a casa, no puede. La ley tiene que cumplirse. Ha de hacerse justicia. Se ha contraído una deuda con la sociedad que debe pagarse y hay que hacer cumplir la ley. Para satisfacer esa necesidad, Cristo vino como mediador y pacificador entre nosotros y Dios (1 Timoteo 2:5).

No hay palabras para describir justamente la importancia del papel de mediador de Cristo. Sin su intervención a favor nuestro, nunca podríamos resolver nuestras diferencias con Dios (Juan 14:6). Sin el apremio de su amante Espíritu, nunca queríamos hacerlo.

Jesús merece nuestro agradecimiento, admiración y afecto eternos. Cuando canceló nuestra deuda con la ley absorbiendo nuestro castigo, demostró ser un amigo sin igual. Cuando se levantó de entre los muertos para ser vida y ayuda a todos los que confiaran en Él, nos dio el fundamento de una esperanza imperecedera. Cuando subió a la diestra del Padre a interceder por nosotros y a ser nuestro abogado personal, aseguró que nos daría lo que nunca podría ofrecer la mera religión o un sistema de creencias. Él se ha dado a Sí mismo para ser la solución de nuestros problemas diarios, para revelarnos a Dios, y

para guiarnos a una relación personal con su Padre.

El cristianismo es Cristo. Como bien lo señala W. H. Griffith Thomas en su libro en inglés del mismo título, éste es el verdadero corazón de la fe cristiana. No hemos sido llamados a un sistema de leyes, tradiciones ni ideas inspiradoras. No hemos sido llamados a la Iglesia, ni a una causa moral, ni a una regla de oro de amor cristiano. Ni siquiera hemos sido llamados a la Biblia. Hemos sido llamados a Cristo, la persona mediadora de quien habla toda la Biblia.

El apóstol Pablo comprendió la necesidad de tener una relación con Dios Cristocéntrica. En I Corintios 1:1-9 expresó claramente que no estaba promoviendo un sistema de ideas. Estaba hablando de una relación con Dios basada en:

- Cristo, a quien servimos (v. 1).
- Cristo, quien santifica a los cristianos (v. 2).

- Cristo, cuyo nombre invocan los cristianos (v. 2).
- Cristo, nuestro Señor (v. 2).
- Cristo, quien nos da gracia y paz (v. 3).
- Cristo, quien nos trajo la gracia de Dios (v. 4).
- Cristo, quien nos ha enriquecido en todas las cosas (v. 5).
- Cristo, quien ha sido confirmado por la experiencia (v. 6).
- Cristo, a quien esperamos ansiosamente (v. 7).
- Cristo, quien nos preservará hasta el fin (v. 8).
- Cristo, cuyo día vendrá (v. 8).
- Cristo, con quien Dios nos ha unido (v. 9).

La obsesión de Pablo no era un sistema nuevo de pensamiento, una ética, una enseñanza, una forma de organización eclesiástica ni un nuevo programa. Era la persona que había llegado a conocer como mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo

2:5). Era la persona que, no sólo murió para pagar por los pecados de Pablo (1 Corintios 15:3), sino también la persona que, a través de su Espíritu, estaba viviendo su vida a través de Pablo (Gálatas 2:20) y era su vida misma (Filipenses 1:21).

Recibir a Cristo es iniciar la santidad. Apreciar a Cristo es avanzar en la santidad. Pero tener a Cristo siempre presente sería la santidad completa.

—J. Hudson Taylor

¿Somos nosotros así de Cristocéntricos? ¿Nos damos cuenta de que el verdadero cristianismo se encuentra en la persona viviente y la personalidad del Cristo resucitado? ¿Hemos aprendido que Cristo es y

debe ser el centro de una relación personal con Dios? ¿Nos damos cuenta de que adondequiera que miremos, allí está Cristo?

- Si miramos atrás, Cristo es nuestro Creador (Colosenses 1:16)
- Si miramos hacia el futuro, Cristo es nuestro Juez (2 Corintios 5:10).
- Si miramos hacia arriba, Cristo es Salvador y Señor (Filipenses 2:5-11).
- Si miramos hacia abajo, Cristo es nuestro sustentador (Colosenses 1:17).
- Si miramos hacia la derecha, Cristo es nuestro Maestro (Mateo 23:8).
- Si miramos hacia la izquierda, Cristo es nuestro Abogado (1 Juan 2:1).
- Si miramos adentro, Cristo es nuestra vida (Gálatas 2:20).

Sin duda, una relación personal con Dios debe ser Cristocéntrica. Sólo Cristo nos puede llevar a Dios, limpiarnos de la constante

contaminación del mundo y ser nuestra Fuente de vida y ayuda en todo tiempo.

Es Cristo, la Palabra viva, quien revela, define y expresa la personalidad del Padre y quien debería estar continuamente en nuestros pensamientos como Señor y Vida. Es Él quien, por su Espíritu, es una presencia constante en todos y con todos los que han depositado su fe en Él (Mateo 28:19,20).



UNA RELACIÓN DE SUMISIÓN

Cualquier esposo que se conforme con ser sólo «uno de los chicos», a los ojos de su esposa no es un gran esposo. Tampoco es una gran esposa una mujer que se contente con ser sólo «una de las chicas». La intimidad de la relación matrimonial conlleva un gran

sentido de compromiso mutuo que ejerce gran influencia en todas las demás actividades y responsabilidades de la pareja.

Por razones mucho más grandiosas, el Diseñador de la personalidad humana tampoco se satisface con ser sólo «uno de los dioses» (Éxodo 20:1-6). Jehová, Proveedor y Libertador de Israel, el Dios que vino al mundo en la persona de Jesús, el Mesías, no aceptará un lugar en el estante junto con Ra, Krishna, Moon, Alá, la televisión, los automóviles ni ningún otro. Jehová siempre ha sido un Dios celoso, posesivo e imponente. No compartirá su honor con nadie más porque nadie más merece ese honor (Isaías 48:11).

Hemos de temer a Dios más que a nada y a nadie. A la mayoría de nosotros no nos gusta ni siquiera pensar en las cosas que nos atemorizan. Ya sea que nos estemos refiriendo a hablar en público, a grandes alturas, a espacios confinados, a noches oscuras, a ruidos

a la puerta o a chirridos en el ático, el sólo pensar en esas cosas nos hace saltar de nerviosismo. Sin embargo, sin temor, la vida sería muy difícil. Hasta el mundo animal está dotado de una alarma y de un mecanismo de escape que proveen a la criatura cierta capacidad de lucha o huida necesaria para la supervivencia.

Una relación con Dios comienza con un temor que nos conducirá a la seguridad, la certeza, y el disfrute de su amor.

Sin embargo, no hay otro momento en que la emoción del temor sea más importante o más descuidada que cuando se trata de nuestro temor de Dios. A Dios le tememos conforme le conocemos. No obstante, es un temor

que, cuando se comprende correctamente, nos acerca al Señor, no nos aleja de Él. Es un temor que nos permite amarle, confiar en Él y disfrutarle.

Este temor podría ser descrito como el primer paso hacia una relación personal con Dios. Según Salomón: «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová» (Proverbios 1:7). En otras palabras, el temor y el conocimiento de Dios van de la mano.

***Sabrás que
sientes la clase
correcta de temor
de Dios cuando ese
temor te acerque
a Él en lugar de
alejarte de Él.***

Nada ni nadie merece ser temido más que el Señor. No hay que temer a la gente, ni a los gobiernos, ni a las

enfermedades, ni a la muerte, ni siquiera a Satanás. Muchos de los que no conocen a Dios no pueden entender esto. Asumen que el Señor es el único ser en el universo que no tiene que ser temido porque es demasiado bueno y demasiado amante como para hacernos daño. El irónico resultado es que esas personas a menudo terminan perdiéndose de ese mismo amor y viven llenas de temor: temor al fracaso, temor a la gente, temor a los desastres naturales y temor a los accidentes, las enfermedades, y la muerte (Deuteronomio 28:58-68).

Por otra parte, los que verdaderamente conocen al Señor lo toman en serio. Saben que Dios espera que le escuchen cuando advierte acerca del fracaso moral y espiritual (Proverbios 8:13; 16:6). Él es el único que decide si algo o alguien podrá tocarnos o probarnos (Job 1); y lo que es más importante, sólo Él decide

dónde pasaremos la eternidad (Mateo 10:28; Apocalipsis 2:10; 20:1-15) Una autoridad como esa merece nuestro respeto y temor.

Aunque reverenciamos a Dios y nos maravillamos de su gran poder, al mismo tiempo podemos tener una gran confianza (Proverbios 14:26). Al igual que David podemos decir: «Busqué a Jehová, y él me oyó, y me libró de todos mis temores» (Salmo 34:4). Un poco más adelante David añadió: «El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende. Gustad, y ved que es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en él. Temed a Jehová, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen» (Salmo 34:7-9).

Esas palabras vienen de alguien que conocía a su Dios y que experimentó personalmente que el Dios que desea nuestra rendición, quiere que le temamos por nuestro propio bien (Jeremías 32:37-39).

Hemos de amar a Dios, confiar en Él y obedecerle más que a nadie.

La obediencia, como el temor, es algo que tendemos a resistir. Sin embargo, el poder ver la importancia de dicha obediencia es sólo cuestión de perspectiva. Por ejemplo, la mayoría de nosotros obedecemos con agrado las direcciones de un extraño cuando nos encontramos en un área desconocida. Ni siquiera pensamos en eso como obediencia. Lo vemos más bien como que estamos aceptando ayuda. Esa es la forma en que podemos ver la obediencia al Señor. Es una manera de aceptar su ayuda y su amor, las cuales necesitamos desesperadamente. La obediencia es una forma de mostrar que realmente conocemos al Señor y que estamos creciendo en nuestro conocimiento de cuán bueno, amante y sabio es. El apóstol Juan escribió:

Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo (1 Juan 2:3-6).

***La obediencia
es una forma
de mostrar
que realmente
conocemos
al Señor...***

El temor, la confianza y la obediencia involucradas en el conocimiento del Señor no nos dejan como éramos. Nos hacen mejores porque

Cristo mora en nosotros. Nos cambian hasta que esta relación nos posee y nos domina y estamos de corazón a corazón y de cara a cara con el Dios de toda bondad y luz.



**UNA RELACIÓN
QUE SE PERCIBE
MUTUAMENTE**

Agotado por el camino, con dolor en las patas y amilanado por las piedras que le tiraban los niños y los irritables insultos de los perritos caseros mimados, el pastor alemán seguía al extraño guardando cierta distancia. Con la cabeza baja y mirando hacia los lados de vez en cuando, caminaba cuidadosa y dificultosamente siguiendo las pisadas del hombre que le había tirado un pedazo de pan cerca de los botes de basura de un restaurante. Con frío,

hambriento y anhelando un poco de atención, el perro observaba cada movimiento del extraño, esperando una señal más de reconocimiento, la más ligera indicación de amistad. Pero ésta nunca llegó.

Hay personas que, cuando piensan en Dios, se sienten como este perro callejero. Anhelan la seguridad de que Dios les va a sonreír y va a acercarse a ellos. Pero asumen que es demasiado selectivo como para sentir algo por ellos. Algunos incluso lo ven como un espíritu inmutable y eterno que vive muy por encima de los vientos siempre cambiantes del dolor y la emoción que soplan en nuestras vidas.

Sin embargo, esa no es la verdad respecto al Dios de la Biblia. Las Escrituras nos aseguran que Dios está profundamente interesado en las personas más quebrantadas, agotadas por el camino y abatidas. A Dios no lo conmueve nuestra fortaleza,

sino sólo nuestra debilidad. Aunque el carácter de Dios nunca cambia, sus afectos sí.

Conocer a Dios significa afectar a Dios.

Aunque Dios nos conoció, nos amó y nos escogió junto con todo su pueblo en la eternidad pasada (Efesios 1:3-6), se relaciona con nosotros personalmente en el presente de una forma muy íntima. Dios se regocija con nosotros cuando estamos contentos, se entristece cuando estamos tristes, y se contrista cuando pecamos.

El Señor se ha hecho así de vulnerable para con nosotros. Ha expuesto su propio corazón a todas las cosas que le hacemos por falta de amor y por crueldad. La Biblia nos dice que Dios puede:

- Agradarse (Hechos 11:5).
- Contristarse y entristecerse (Génesis 6:6; Efesios 4:30-32).
- Ser provocado y probado (Salmo 78:40,41).

- Sentirse cargado y fatigado (Isaías 43:24).
- Enojarse, agitarse y airarse (Ezequiel 16:42,43).
Específicamente, Efesios 4:30-32 dice:

Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

La mayor evidencia de su decisión de hacerse vulnerable a nosotros se encuentra en los dolores y sufrimientos de Aquel que, con su propia mente y corazón, nos reveló al Padre. En el rostro de Jesucristo hallamos el rostro de Dios. Fue Él quien sufrió por nosotros para llevarnos al Padre. ¡Tanto nos ama!

Podría ser difícil para ti personalizar esa clase de amor cuando sabes que sólo eres

una persona en un mundo de más de 5.000 millones de habitantes. Pero tenemos que tener en cuenta de quién estamos hablando. Dios no tiene nuestras limitaciones. No está confinado a relaciones humanas que se tienen una a la vez. Más bien, Aquel que hizo el universo puede relacionarse íntimamente con tantos de nosotros al mismo tiempo como lo desee.

¿Cómo sabemos que Dios tiene esa clase de capacidad? Podríamos llegar a esa conclusión reflexionando en el tamaño y la complejidad del universo que Él creó. O podríamos considerar las vastas cantidades de conocimiento e información que personas finitas como nosotros pueden acumular a través de la Internet. O podríamos simplemente confiar en las palabras de Aquel que dijo:

¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra

sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos (Mateo 10:29-31).

Si no cae un pajarillo a tierra sin que Dios lo sepa, entonces, Aquel que cuenta los cabellos de nuestra cabeza también está contando las lágrimas, los momentos de temor y la profundidad de las aguas turbulentas que amenazan con hundirnos.

Si Dios nos conoce con esa clase de conocimiento, entonces nunca estamos tan solos como nos sentimos. Nunca estamos sin ayuda. Nunca estamos fuera del alcance del Padre. Aunque Él puede probar nuestra fe y nuestra paciencia no respondiendo de inmediato de la manera que deseamos, podemos estar tranquilos con una paz y una confianza que puede calmar la turbulencia que hay dentro de nosotros y producir cambios dramáticos.

Conocer a Dios es ser afectado por Él.

Piense un momento en las personas que han mejorado su vida. Tal vez fue el maestro que le inspiró para que hiciese realidad su sueño. Tal vez fue su padre, su madre o un abuelo cuyas palabras y abrazos le hicieron sentir profundamente amado. Quizás fue el vecino que le mostró con su ejemplo que cualquier trabajo que valga la pena hacer vale la pena hacerlo bien. Al mirar atrás puede ver que el haber conocido a estas personas cambió su vida.

Desarrollar una relación personal con Dios significa aprender a amar lo que Él ama y a aborrecer lo que Él aborrece.

Lo que es cierto respecto a estas personas será incluso más cierto de aquellos que llegan a conocer a Dios. Nadie puede conocerlo sin que Él lo cambie. Cualquiera que vaya a la presencia de Dios será tocado y cambiado por Aquel que nos ama lo suficiente como para aceptarnos como somos, pero que nos ama demasiado como para dejarnos así. El apóstol Santiago describió esa clase de relación personal con Dios de la siguiente manera:

Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor, y él os exaltará (4:7-10).

Conocer a Dios de esta manera significa permitir que nuestros corazones sean quebrantados por las cosas que quebrantan Su corazón. Significa encontrar gozo en las cosas que le dan gozo a Él, descubrir la fortaleza en Su fortaleza, y recibir esperanza en la seguridad de que nada es demasiado difícil para Él. Significa nacer de nuevo en Aquel que nos ofrece perdón a cambio de nuestro arrepentimiento, consuelo a cambio de nuestra tristeza, y la promesa de un mundo venidero a cambio de nuestra disposición a no aferrarnos a este mundo actual.

Somos cambiados cuando descubrimos que conocer a Dios significa amarlo. Amarlo significa darle el primer lugar en nuestros corazones. Darle el primer lugar es cuidar de aquellos que Él cuida, amar lo que Él ama, aborrecer lo que Él aborrece, y unirse a Él en el negocio de la familia de redimir vidas quebrantadas.

Esa es la clase de relación sana a la que Dios nos llama. Pero esa madurez no sucede porque sí. A veces, una relación personal con Dios no es más que una tenue imagen de lo que se suponía que fuese. A veces no crecemos tanto como Dios quiere que crezcamos.



UNA RELACIÓN QUE CRECE

¿Quién podría dudar de la relación personal entre los padres y un bebé recién nacido que se halla en la sala del hospital? No obstante, una relación unilateral padre-infante proporciona un importante contrapeso a mucho de lo que hemos dicho hasta ahora. En páginas anteriores hemos hecho hincapié en la naturaleza mutua de esta relación. Ahora

necesitamos ver la otra cara de esa verdad.

De la misma manera en que algunos bebés no crecen ni progresan, muchos hijos de Dios siguen el mismo patrón. A veces el crecimiento empieza y luego se detiene. Aunque el mismo Dios se compromete a llevarnos a la madurez, muchas veces nos permite permanecer infantiles en nuestras actitudes y conocimiento de Él.

El apóstol Pablo abordó el tema de la inmadurez y falta de crecimiento cuando escribió:

De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aun no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?
(1 Corintios 3:1-3).

Espere un proceso.

Para alcanzar la madurez se necesitan cantidades iguales de diligencia y paciencia. Alcanzar la madurez toma tiempo. También requiere un sentido de equilibrio. Por un lado, nunca debemos conformarnos con el nivel de nuestra relación y conocimiento de Dios. Si lo hacemos nos estancaremos, nos amargaremos y retrocederemos. Por otro lado, debemos ser muy pacientes con nosotros mismos y no esperar más de lo que Dios espera de nosotros.

La Biblia muestra que esta madurez no se produce de la noche a la mañana. Requiere tiempo: tiempo con Dios y en su Palabra. Por eso Pedro escribió: «Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor» (1 Pedro 2:2,3). Santiago sostuvo también la naturaleza

progresiva de esa relación con Dios al escribir:

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna (1:2-4).

No acelere el proceso.

Pero tampoco deje que se detenga. Siga alimentándose de la Palabra de Dios incluso mientras le permite mostrar su fidelidad en las diferentes etapas, pruebas y aflicciones de la vida. No espere perfección. Fallaremos. Conténtese con el hecho de que está aprendiendo y creciendo. No sea como el dueño de casa que plantó una hortaliza y la desenterró dos semanas más tarde porque todavía no había dado tomates.

Espere cambios.

Debido a la naturaleza misma de la vida espiritual,

nuestra relación con el Señor cambiará. Cambiará porque a medida que avanzamos siempre encontraremos más: más conocimiento y experiencia de Dios que nos llevarán al extremo, ensancharán nuestros corazones y nos harán personas mejores.

Sin embargo, nuestra relación con Dios también puede empeorar si comenzamos a deslizarnos y a apoyarnos en experiencias pasadas con Él. Debemos esperar cambios porque nuestra relación con Él es por naturaleza un tema de disputa. Nuestro adversario, el diablo, no quedará satisfecho hasta que nos neutralice y caigamos en un coma espiritual (Efesios 6:10-13).

Aun cuando nuestra relación personal con Dios nunca puede perderse, las características de esa relación cambiarán. Nosotros cambiaremos. Podemos contar con eso. Nuestro corazón se volverá más cálido o más

frío. Nuestro carácter se hará más profundo o más débil. Nuestras conversaciones con Dios serán más íntimas o menos significativas y menos frecuentes.

Acepte que no todo será completo.

Refiriéndose a nuestra incompleta relación con Dios, Pablo dijo:

Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido. Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor
(1 Corintios 13:9,10,12,13).

Esa es la realidad que hemos de enfrentar. Nuestro conocimiento y nuestra experiencia son incompletos. Es como si mirásemos el rostro de Dios a través de un

cristal empañado. En aquel día será cara a cara. Mientras tanto, tenemos órdenes que cumplir. Debemos aceptar nuestra imperfección, confiar en Dios y basar nuestra esperanza en su inminente regreso. Hemos de amar a Dios y a su imperfecta familia de todo corazón. No podemos darnos el lujo de exigirnos perfección. Tampoco debemos exigirla a los demás. La santidad y el crecimiento que Dios busca se verá en nuestro quebrantamiento y humildad, no en nuestra perfección espiritual.

No espere el cielo en la tierra. No sólo es importante darnos tiempo para crecer en el Señor, sino que es esencial darle tiempo a Dios para que se muestre absolutamente fiel y capaz de proporcionarnos toda la satisfacción que deseamos. Pero no espere en esta vida lo que Él ha prometido terminar en la eternidad. Los cristianos somos personas de eternidad. No hay límites de tiempo en

nuestro futuro. No somos como el atleta profesional que tiene que lograr sus metas y ganar dinero y fama antes de que termine su etapa competitiva.

El tener una relación con Dios no significa que vamos a obtener todo lo que deseamos en la vida.

El tener una relación con Dios no significa que vamos a obtener todo lo que deseamos en la vida. No es la llave del éxito financiero, de la buena salud ni de una larga vida. Sin embargo, es la manera de cultivar cada vez más en nuestro interior el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y el dominio propio (Gálatas 5:22,23). Es el medio de encontrar la relación, el propósito,

la misión, la seguridad y la esperanza máximos en esta vida.

Todo lo que nos queda es confiar en Cristo en aquello que ahora no podemos ver ni tener. Hemos de creer en las palabras de Jesús a sus discípulos cuando dijo:

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Juan 14:1-3).

Esa es nuestra esperanza. No deberíamos esperar que el Señor nos dé todo lo que anhelamos ahora. Aunque Él ha prometido suplir las necesidades de todos los que le siguen, también se reserva el derecho de determinar lo que necesitamos ahora y

lo que podremos disfrutar todavía más si lo recibimos más tarde.



UNA RELACIÓN COMPARTIDA

Todos nos acercamos a Dios individualmente. En cierta forma, vamos solos. El establecer o no una relación personal con Dios es una decisión personal, una elección. Nadie puede tomar esa decisión por nosotros. Pero la cosa no acaba ahí. Una vez nos acercamos a Dios nos unimos a Él y nos convertimos en un miembro de su familia.

Los que aman a Dios se aman mutuamente.

Es imposible tener una relación personal con Dios sin tener también relaciones Cristocéntricas con otras personas. Nuestro ejemplo es

el amor de Cristo expresado en la cruz. Cristo nos mostró que estar cerca del Padre significa compartir el amor del Padre por los demás (1 Juan 4:7-11). Cuando conozca al Señor, también voy a ser confrontado con un Dios que ama celosamente a los que están a mi alrededor: mi familia, mis amigos, mis vecinos, mis compañeros de trabajo, mis conocidos e incluso mis enemigos.

Esa es la clase de actitud que Pablo exhortó a los cristianos de Tesalónica que tuviesen. Después de afirmar la realidad y la evidencia de su relación con Dios (1 Tesalonicenses 1:1-7), prosiguió diciendo:

Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis los unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia.

Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más
(1 Tesalonicenses 4:9,10).

Puede que nos guste vivir aislados, pero no podemos hacerlo si queremos crecer en nuestra relación con Dios. Conocer a Dios no significa solamente saber cosas de Él; significa entrar en Él: en sus pensamientos, en su corazón, en su amor sacrificial.

El apóstol Pablo escribió:
Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor
(1 Juan 4:7,8).

Hay una dependencia mutua entre los que aman a Dios. En Efesios 4, Pablo expresó claramente que nuestra relación vertical con Dios va acompañada de muchas relaciones horizontales. Ese pasaje de la Escritura retrata a cada

hijo de Dios como miembro del cuerpo de Cristo. Cada parte tiene una función. De la misma forma en que el ojo, el oído, la boca y los pies desempeñan distintas funciones en nuestro cuerpo, así todo creyente desempeña un papel diferente en la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Cuando cada parte contribuye lo suyo, todo el cuerpo se beneficia (véanse 1 Corintios 12 y Romanos 12).

Aunque hemos recibido una salvación completa en Cristo, hay otro aspecto en el que no estamos completos si no nos relacionamos y nos servimos mutuamente. Nos necesitamos unos a otros de la misma forma que la boca necesita al ojo y el ojo a la mano. Esta es la obra externa de nuestra salvación. Podríamos pensar que somos espíritus independientes que no necesitamos a nadie para nada, pero pronto descartaremos esa idea a medida que crezcamos en nuestro conocimiento de Dios.

Los que aman a Dios se someten mutuamente.

En Efesios 5:21, Pablo dice que hemos de someternos unos a otros en el temor de Dios. En el consejo siguiente, sus palabras son muy específicas. Nos dice que:

- Las esposas han de servir a sus maridos como un medio de servir al Señor (5:22).
- Los maridos deben renunciar por amor a sus propios intereses en favor de sus esposas como Cristo renunció por amor a sus intereses en beneficio de la Iglesia (5:25-28).
- Los hijos han de obedecer a sus padres en el Señor (6:1).
- Los siervos han de ser obedientes a sus amos como medio de servir al Señor (6:5,7).
- Los amos han de mostrar consideración a sus siervos por consideración al Señor (6:9).

El mensaje es muy claro. Conocer a Dios y su

amor significa que vamos a servir a otros en amor y sumisión (Efesios 3:14-21). Cuando confiamos en Dios y obedientemente sirvamos a los demás descubriremos en lo más profundo de nuestro corazón la rectitud, la sabiduría y el poder del amor de Cristo.

***Cuando
confiamos en Dios
y obedientemente
sirvamos a los demás
descubriremos en
lo más profundo
de nuestro corazón
la rectitud, la
sabiduría y el poder
del amor de Cristo.***

Encauzar obedientemente el amor de Dios por los demás nos permite comenzar a experimentar el significado de la oración de Pablo en Efesios 3:14-19.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

UNO QUE ESTABA MUY CERCA... Y A LA VEZ MUY LEJOS

Es posible estar cerca de Cristo y al mismo tiempo muy lejos. Encontramos una ilustración de esta verdad en los doce apóstoles. Ellos tuvieron la oportunidad más obvia de tener una relación personal con Él. Sin embargo, en ese círculo íntimo había uno, probablemente el que disfrutaba de la mayor confianza de parte del grupo (puesto que administraba el dinero), que nunca tuvo realmente la clase de conexión personal a la que nos referimos. Judas sabía mucho de Jesús. Conocía los hábitos del Maestro lo suficiente como para conducir a sus aprehensores a su lugar de reunión en un huerto. Conocía tan bien a Cristo como para

traicionarlo, saludándolo con un beso. Pero no lo conocía como Salvador y Señor.

A pesar de lo mucho que confiaban en él, el «tesorero» nunca tuvo la clase de relación personal y Cristocéntrica con Dios que hoy tenemos disponible. Es un ejemplo perturbador de la clase de persona de la que habló Jesús cuando dijo:

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición [...] Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí, apartaos de mí, hacedores de maldad (Mateo 7:13,22,23).

Asegurémonos de no terminar como alguien que asumió que saber de Cristo era conocerlo personalmente.

PERSONALÍCELA

Alguien ha dicho: «Saber que Cristo murió es historia. Creer que murió por mí es salvación». La relación personal con Cristo comienza en el momento de nuestra salvación. Jesús se refirió a este acontecimiento como un nuevo nacimiento (Juan 3:3). Sólo cuando nacemos espiritualmente en la familia de Dios nos convertimos en Sus hijos, Sus amigos, Sus siervos y miembros de su reino espiritual.

Aunque puede que no sepamos exactamente cuándo comienza esta nueva vida, podemos entender los pasos que necesitamos dar para empezar esa relación.

PRIMER PASO:
Necesitamos admitir nuestra condición perdida. Todos nacemos de padres que forman parte de una humanidad caída. Venimos a este mundo

separados de la vida de Dios y absortos en el interés de encontrar satisfacción, significación e independencia personal en nuestros propios términos. No mostramos un deseo natural del Dios que nos hizo para Sí (Romanos 3:11,12).

Aunque puede que luzcamos bien a nuestros ojos siempre que nos midamos por nosotros mismos, Jesucristo nos mostró nuestro pecado. Él es Quien nos enseñó lo que significa tener una relación personal con Dios. Es también Aquel que dijo que no vino a este mundo a ayudar a las personas buenas, sino «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10).

La Biblia dice que todos venimos a este mundo vivos físicamente pero muertos espiritualmente, perdiéndonos de la calidad de vida para la cual Dios nos hizo. El apóstol Pablo escribió: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria

de Dios» (Romanos 3:23); «... No hay justo, ni aun uno» (Romanos 3:10); y «Porque la paga del pecado es muerte...» (Romanos 6:23).

SEGUNDO PASO: Necesitamos saber lo que Dios ha hecho por nosotros.

La palabra evangelio significa «buenas nuevas». El evangelio de Cristo es que Dios mismo nos amó lo suficiente como para enviar a su propio Hijo a este mundo a rescatarnos de nosotros mismos y de nuestro pecado (Juan 1:1-4; 3:16).

Las buenas nuevas son que Jesús vivió la calidad de vida que Dios quería que nosotros viviésemos. Sin falta, amó a su Padre celestial con todo su corazón, alma y mente. Sin falla, nos mostró lo que significa amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Luego, para resolver el problema de la pérdida de nuestra relación con su Padre, Jesús murió en nuestro lugar,

ofreciéndose a Sí mismo como sacrificio perfecto para pagar el precio del pecado. Puesto que era, no sólo hombre sino también Dios, nuestro Creador (Juan 1:1-14), su muerte tuvo un valor infinito. Cuando resucitó de entre los muertos demostró que había muerto en lugar nuestro para pagar el precio de todo pecado: pasado, presente y futuro. Con un sacrificio pagó por el menor, y el peor, de nuestros pecados.

TERCER PASO:

Necesitamos creer y recibir personalmente el regalo de Dios. Aunque todos hemos ganado la paga de la muerte espiritual y la separación de Dios (Romanos 6:23), nadie puede ganarse una relación con Dios. Es un regalo de Su amor y misericordia, no una recompensa por nuestro esfuerzo. Nadie se salva tratando de ser bueno. Somos salvos confiando en Cristo.

Es por esto que el apóstol Pablo pudo escribir: «Porque por gracia [favor inmerecido] sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9; véanse también Romanos 4:5; Tito 3:5).

Esto puede sonar demasiado simple. Pero se necesita un milagro de la gracia de Dios para quebrantar nuestro orgullo y autosuficiencia. Se necesita el Espíritu de Dios para llevarnos a esa clase de relación personal. Si este es su deseo, así es como usted puede empezar.

Las palabras exactas que decimos a Dios para recibir este regalo pueden variar (Lucas 18:13; 23:42,43). Lo importante es que creamos a Dios lo suficiente como para poder decir: «Padre, sé que he pecado contra Ti. Creo que Jesús es tu Hijo, que murió por mis pecados, y que resucitó de entre los muertos para probarlo. Ahora acepto tu

oferta de vida eterna. Acepto a Jesús como tu regalo para mi salvación».

Si esa es la expresión honesta de su corazón, ¡bienvenido a la familia de Dios! Mediante la fe simple y como la de un niño ha entrado en una relación personal con Aquel que lo hizo y lo salvó para Sí.